

La lengua de los pájaros

Antonio Heredia

Catedrático de Bioquímica y Biología Molecular,
Universidad de Málaga

Así son el lirio y el pájaro, maestros en la alegría
Sören Kierkegaard

PROBABLEMENTE A MÁS DE UNO LE sorprenderá saber que uno de los libros más vendidos del año 2017 en el mundo literario anglosajón haya sido el libro titulado en castellano *El ingenio de los pájaros* de Jennifer Ackerman. Un libro elegante y encantador, un testimonio a la vez lírico y científico sobre la presencia en nuestro mundo de ese conjunto de animales que vagamente agrupamos bajo la denominación de pájaros.

La existencia y presencia en nuestros entornos de las aves, de los pájaros, es indudable y a nadie se le escapa pero sí que es obvio que no todos la perciben de igual modo. Como ocurre incluso con ejemplos concretos del mundo físico que nos rodea: las plantas, los colores y sus reflejos, la noche estrellada... Un mundo sobre el que en su observación muchos esperan respuestas a preguntas de siempre o, piensen que es la actitud correcta, un mundo sobre el que hay que preguntar continuamente para encontrar respuestas que conduzcan a otras, siempre mejores, preguntas con el único y noble fin de hacerlo más y más inteligible. En cualquiera de ambos sentidos no debe resultar sorprendente la presencia del tema que nos ocupa en este

artículo en toda la tradición cultural, literaria y social. Y aunque quizás conocida si que escasamente referida y menos aún condensada. La literatura mundial, especialmente la literatura poética, ese don especial que es la poesía como decía Eliot, reúne notables y numerosos ejemplos en los que nuestros queridos pájaros adquieren valor de figura poética trascendente. Si es así, no lo dudemos, es porque dicha figura ha formado y forma parte del acervo cultural, del desarrollo y de la evolución de esa especie que denominamos *Homo sapiens*. El objetivo de este breve ensayo y reflexión no es otro que dar una pincelada subjetiva, no exhaustiva, de la presencia de los pájaros en la literatura.

Una antigua leyenda oriental sitúa el origen de nuestro mundo en un gran charco enfangado en el que un ave de grandes proporciones separaba con su continuo aleteo las tierras de las aguas. La tradición bíblica (Génesis:... «y aves que revoloteen sobre la tierra contra el firmamento celeste») otorga al rey Salomón unas bellas palabras en la que se indica que la lengua hablada en el jardín del origen era *La lengua de los pájaros*: «Hemos dado una ciencia a David y a Salomón.

¡Oh hombre! Se nos ha enseñado la lengua de los pájaros. Todos los bienes se han derramado sobre nosotros: he ahí, ciertamente, una gracia manifiesta.» Como otro ejemplo de la tradición bíblica, en el libro de Job, en uno de los párrafos del duro magisterio del creador, le pregunta a éste: «¿Se debe al entendimiento tuyo que el halcón se remonte?»

El suave aleteo de los pájaros recorre la literatura poética y sagrada con un simbolismo único. Ave de hermoso canto de color rojo, que renace de sus cenizas, así es el mito del ave Fénix en todas las tradiciones en donde se lo encuentra: Egipto, Grecia, India, etc. La lechuza de Minerva, emblemático símbolo de la filosofía; esa ave nocturna que comienza su vuelo al anochecer en la penumbra y que observa, piensa y trata de explicar conceptualmente el mundo. La figura del pájaro solitario es también emblemática en la poesía de determinados autores. La enigmática paloma de san Juan de la Cruz, los pájaros del bosque de los monjes budistas, la figura de un pajarillo al amanecer en el conmovedor y anónimo *Romance del prisionero* de nuestras primeras letras en castellano medieval. Las alusiones de Petrarca («El cantar de los pájaros canoros llegando el alba por los valles suena...») y, en un contexto más científico pero no menos poético, los sueños, esquemas y planos del ingenio de Leonardo da Vinci. Más modernamente, el elogio de los pájaros de Leopardi, de los románticos ingleses encabezados por esa maravilla que es la *Oda a un ruiseñor* de John Keats: «Pero tú no naciste para la muerte, ¡oh pájaro inmortal». Ruiseñor, que según nuestro Jorge Guillén, «cantará en la cima del ansia...» Decenas y decenas de referencias y alusiones.

La gran poeta americana, afortunadamente redescubierta en nuestro idioma en los últimos diez años, Emily Dickinson derrocha su original e inconfundible poética a lo largo de decenas de poemas con presencia de pájaros: *mirlos, petirrojos, gorrones desfilarán en sus estrofas a menudo teñidas de nostalgia y*

«[...] nuestros queridos pájaros adquieren valor de figura poética trascendente. Si es así, no lo dudemos, es porque dicha figura ha formado y forma parte del acervo cultural, del desarrollo y de la evolución de esa especie que denominamos *Homo sapiens*.»

de sensaciones de una muerte aceptada: Si no estuviera viva / cuando los Petirrojos vengan, / a ése de Corbata Carmesí / dale una miga en mi Memoria. / Y si no te pudiera dar las gracias / por estar muy dormida, / has de saber que lo estaré intentando / con labios de Granito. Lejos de esta poética están el pájaro amarillo como enigmático símbolo de la muerte en la poesía moderna y el pájaro azul de Charles Bukowski: hay un pájaro azul en mi corazón que / quiere salir / pero soy duro con él, / le digo quédate ahí dentro, no voy / a permitir que nadie / te vea... aparece áspero y desgarrador cuando se le compara con la misma imagen simbólica de la antigua leyenda infantil El pájaro azul donde éste encarna al pájaro de una felicidad conseguida tras un exigente trabajo emocional y terrenal.

En lengua castellana no podemos olvidar la hermosa poética de autores como Pedro Salinas («¿Qué pájaros?»), de Miguel Hernández (*Solo quien ama vuela. Pero, ¿quién ama tanto / que sea como el vuelo del pájaro más leve y fugitivo?*), de Juan Ramón Jiménez en sus maravillosos *El pájaro del agua*, *Los pájaros que yo sé dónde* y su especial *El viaje definitivo: ... yo me iré. Y se quedarán los pájaros / cantando; / y se quedará mi huerto, con su verde árbol, / y con su pozo blanco. / ... / Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol / verde, sin pozo blanco, / sin cielo azul y plácido... / Y se quedarán los pájaros cantando*. No podemos ni debemos ignorar en esta incompleta pincelada las famosas estrofas de Julio Cortázar en uno de su



Detalle de la portada de Max Ernst, *El hombre pájaro* (FCE, 2013).

espléndidos *Cinco últimos poemas para Cris: Ahora escribo pájaros. / No los veo venir, no los elijo, / de golpe están ahí, son esto, / una bandada de palabras / posándose / una / a / una / en los alambres de la página, / chirriando, picoteando, lluvia de alas / y yo sin pan que darles, / solamente dejándolos venir. Tal vez / sea eso un árbol / o tal vez / el amor.*

La poética musical, la música, no puede quedar al margen en esta peculiar recopilación. Destaca sobremanera la obra musical del compositor francés del siglo pasado Olivier Messiaen. Fascinado desde joven por la ornitología, introdujo en su obra el canto de los pájaros incorporando en sus pentagramas ritmos, melodías y timbres de una riqueza extraordinaria. Su



Tarabilla común. Fotografía: A. Heredia

Catalogue d'Oiseaux es una obra pianística emblemática dividida en 13 piezas, cada una de ellas dedicada a un pájaro distinto de las regiones francesas y llevando cada pieza como título el nombre del pájaro de la región escogida; no sólo se transcribe el canto de los pájaros, sino que además estos se ven envueltos en los sonidos que acompañan a los mismos en sus hábitats. Messiaen construye de este modo su obra cumbre, su denominada *divine* unificación de colores, música y canto de los pájaros y de la naturaleza.

Personalmente me aproximé a la poesía sobre pájaros casualmente a través de la sencillez poética de José Jiménez Lozano cuya poesía rezuma amor y respeto a las aves resultado de una mirada atenta, minuciosa y delicada hacia ellos. Un poeta contemporáneo que fusiona la tradición lírica y sagrada de un modo muy singular. Pocos comentarios pueden hacerse sobre estrofas tan conmovedoras

como esta: *Un gorriencillo muerto / pesa lo mismo que un ángel en la mano / como una montaña inmensa en el ánima. O como esta otra: Un nido devastado, el mundo / ya no estará completo / nunca. O sobre una sublime admiración estética de las aves: La garza va hacia la laguna / con el claror del día, / silenciosa, rápida, esplendente. / La has visto, y es un don / precioso. Vives.*

En efecto, estemos seguros que es un privilegio, un regalo, un don observar y saber mirar a los pájaros. Y aproximarnos a ese lenguaje simbólico de los mismos que hemos trazado resumidamente en este ensayo. No es una tarea inmediata, ni siquiera fácil. No hay reglas quizás para aprender a hacerlo. En mi caso particular si he llegado a disfrutar momentáneamente, de un modo efímero pero inolvidable, de esa experiencia es observándolos a través de largas y largas caminatas que, lejos de

«[...] estemos seguros que es un privilegio, un regalo, un don observar y saber mirar a los pájaros.»

parecer monótonas, suponen una celebración secreta de lo cotidiano; de algo que va esculpiendo poco a poco nuestra facultad de descubrir y redescubrir, refinando nuestra mirada. Para que puedan surgir momentos de un modesto triunfo de la sutileza, esa fértil y misteriosa celebración del silencio. Unos instantes en que la belleza alcanzada llega a ser, de un modo inexplicable, lo imposible conquistado mediante la repetición obstinada de lo posible. No debo olvidar, en este sentido, en mis largas caminatas fotografiando escenarios, plantas y sobre todo los escurridizos y fugaces pájaros la gran enseñanza que, en mi caso, ha constituido el conocer y observar detenidamente a algunos hombres y mujeres que con una dedicación admirable y generosa invierten su tiempo libre en la observación, control y difusión de conocimiento de las aves de nuestros parajes naturales. Aprendamos de su paciencia y dedicación y, sobre todo, de su insobornable amor y cuidado por los pájaros. Todos saldremos ganando. Para que no se cumpla nunca la fatalidad apocalíptica que nos anuncia el *Qohélet* bíblico: cuando callen los pájaros será el fin de la historia del mundo.

Terminamos como no puede ser de otro modo con poesía; personalizada de nuevo en ese ave singular que es el búho en la que muchos poetas, filósofos y creadores en general han centrado y asignado nobles actitudes y símbolos. De este modo el escritor Rafael Argullol nos deja esta especie de oración y declaración final en la que el lenguaje de los pájaros se confunde y mezcla con nuestro lenguaje y su origen y destino irreversiblemente se hermana con el nuestro:

*Oigo, búho, tu mensaje intermitente
-una gota destilada por la oscuridad-
y te supongo conocedor de todas nuestras noches,
tras noches,
las noches de los hombres,
albacea de nuestros secretos,
vigía de nuestros últimos pensamientos,
aquellos osados y terribles,
que recorren nuestra conciencia antes
del sueño.
Y te imagino sabio,
con demasiados desvaríos nuestros
en tu nocturna memoria
para inmutarte en el torbellino de los
siglos,
sagaz y tolerante con nuestra locura,
cómplice de nuestros desesperados
anhelos,
lúcido domesticador del silencio,
amigo invisible, hermano. —*